

#colecciónfueraiserie

TREN EN MOVIMIENTO

EL 8vo. LOCO
EDICIONES

PROVINCIANO

PROVINCIANO

ÁLVARO PÉREZ GARCÍA
(APEGÉ)

F U E R A D E S E R I E

2

Sobre *Provinciano*

Pérez García, Álvaro

Provinciano / Álvaro Pérez García (Apegé). - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El 8vo. Loco ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tren en Movimiento Ediciones, 2016.

64 p. ; 25 x 16 cm. - (Fuera de serie ; 2)

ISBN 978-987-27015-7-4

1. Crónica de Viajes. 2. Literatura Uruguaya. 3. Literatura Argentina. I. Título. CDD 910.4

Edición: Ana Ojeda

Interiores: Alejandro Schmied

Diseño original de tapa: Laura Ojeda Bär (laura.ojeda.bar@gmail.com)

Imagen de tapa: www.hubblesite.org

Lectura de galeras: Cristian Godoy

Contacto con el autor: apege.uy@gmail.com

Este libro puede leerse y descargarse de manera gratuita de: www.el8voloco.com.ar
y de: www.trenenmovimiento.com.ar

© 2016, Álvaro Pérez García (Apegé)

© 2016, El 8vo. loco ediciones

fb: /el8voloco

el8vo.loco@gmail.com

© 2016, Tren en movimiento ediciones

fb: /trenenmovimiento.ediciones

trenenmovimiento@gmail.com

Se terminó de imprimir en

Bonus Print, Luna 261, CABA

en el mes de febrero de 2016

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

UNA COMPLEJA AGRIMENSURA se tiende sobre la vida, conformando zonas prohibidas, géneros estables, saberes necesarios, frustraciones sensatas, enfermedades autorizadas. *Provinciano* no quita esos cercos ni pretende engañar a las sirenas, hace algo mucho más interesante: quiere narrar, “contarlo todo”, y en ese impulso, desanuda algunos de los alambres de púa, y en ese acto, afortunadamente para el lector, el narrador se lastima.

Un recién llegado recorre Buenos Aires tropezándose con baldosas flojas que, a simple vista, lucen secas: el estallido imprevisible de agua sucia es su escritura. *Provinciano*, en su andar, desafía el eslogan, ese acta de defunción del pensamiento, y experimenta deseo, asco, prejuicio, belleza, odio y certeza sin buscar complicidades, removiendo los hilos húmedos que dejan las suturas de lo políticamente correcto. El peruano, el italiano, el judío, todos esos enunciados se encuentran, se calientan, se olvidan en la pluma de Apegé. *Provinciano* nos propone transitar por una escritura de calle, sin un cuarto propio. Relato de un prisionero del viaje, crónica de un cuerpo y un alma en las calles, piezas, noches, y en la nada de una Buenos Aires sin la corona del Plata.

Marcelo Lara*

*Licenciado y profesor en Letras por la Universidad de Buenos Aires, se desempeña como docente e investigador en la cátedra de Literatura Inglesa, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Actualmente escribe su tesis de maestría sobre Jonathan Swift.

Dedicatoria:

A TODOS LOS que en Buenos Aires y desde Montevideo –ellos saben quiénes son– me mataron, cuando lo necesité y pudieron, el hambre, la sed de vino o risas y la angustia.

Y especialmente a Marcelo, mi lector porteño; a Peko, esa marquesa concienzuda; a Edi, el colombiano más sensible del mundo; a Mana y mi familia de Vicente López.

A esos amigos.

*El hombre a través del hombre. El hombre en relación
con el hombre. El hombre creado por el hombre.
El hombre potenciado por el hombre.*

WITOLD GOMBROWICZ, "Diario 1"

¶ NO ME IMPRESIONAN –nunca lo hicieron– los edificios monstruosos y vidriados que se erigen al costado del Puerto. Sé que eso no es la ciudad. Me impresiona la frase de una amiga –y una gran editora, digo esto porque ella sabe, sabe que yo todo lo quiero contar– que me llama al celular cuando voy en un taxi camino a un hostel en San Telmo. “Ahora somos tú y yo”, me dice recordando a Rastignac, ese provinciano retando a París cuando también intentaba forjarse otro destino en una ciudad distinta a la suya, de la misma forma en que yo siento que reto a Buenos Aires. Más bien todo lo contrario: de la forma en que Buenos Aires me desafía a mí.

Controlo las fichas que van cayendo en el taxi, hago cuentas mentales, me digo que sí, que hay algo en la atmósfera que me cobija. Qué me cobija aún no lo sé: quizás el anonimato, la búsqueda de mí mismo sin la protección de los afectos seguros y lo conocido de memoria; me cobija no ser nadie o forjarme otro.

Llego al hostel y la bienvenida no es muy decorosa: el muchacho que lo atiende está tirado en un sillón (con evidente resaca) y me conduce de mala gana a la habitación. En el camino, de reojo miro a otro que no dudo en catalogar, inmediatamente, como un caballo argentino (de unos 25 años, piernas como robles o columnas talladas, melena morocha, ojos azules, cuerpo esculpido; en fin, el primer hombre en calentarme). Pero debo concentrarme, me repredo en la habitación. Desarmar la valija, detenerme en mi principio.

EN UN HOSTEL todo el mundo es quien es y todo el mundo miente. Se tejen complicidades y odios inmediatos. Se habla de libertad (demasiado) mientras se lleva casi pegada al cuerpo la llave del locker.

Personajes que me interesan: dos peruanos, el israelí, el italiano, la uruguaya y los dueños porteños. Me interesa la uruguaya para desprenderme de cualquier tipo de simpatía patriótica. Un asco de uruguaya: una puta de cuarta que escondía su putismo. A mí me gustan las putas que no mienten, las que dicen sí lo hago (por algún hijo, porque no tuvo escapatoria, porque le es más fácil, por lo que sea), las putas honestas. Esta era grotesca: de lenguaje de puerto y patoterismo patético. Despachada. Pero no es tan fácil desprenderse del allá, de esa interpelación: “por qué te fuiste de Montevideo, esa ciudad hermosa, cuando lo porteños nos morimos por vivir ahí”, es una frase que se repite como mantra. Sí, preciosa, digo siempre, y espero lo que viene: son tan tranquilos, tienen tanto tiempo para el otro. O también: es el lugar perfecto para criar a tus hijos. Y lo más crudo: siempre pienso que cuando cumpla 60 años me gustaría irme a vivir allá. Y ahí sí, ya no lo soporto y arremeto: claro, el lugar perfecto para tener hijos o jubilarse. Esencialmente por eso es que me vine.

Pero volvamos a los personajes del hostel. Me di cuenta inmediatamente de que yo, hombre progresista, homosexual, intelectual y librepensador, soy tremendo racista. Estuve mirando con una desconfianza feroz al peruano más simpático del universo mientras deseaba sin pudor al caballo argentino, un chanta de película (un vago, un vividor) que sólo me seducía con una caída de ojos. Qué fácil soy. Esto no quiere decir, por Dios, que piense que todo lo andino deba conmovernos (qué porquería de pensamiento) ni que todos los argentinos son unos cínicos. Lejos de eso, un hostel te da la posibilidad, precisamente, de desestructurar cualquier fundamento nacional y

de decir los peruanos tal cosa o los argentinos tal otra. Nada de eso, los humanos sí o no, y nada más. Igual hay algo raro, por lo general aprendemos antes la nacionalidad de las personas que sus nombres.

El “peruano que cocina” es nombrado así porque es lo que mejor sabía hacer y eso se lo entregaba a los demás. Había venido a Argentina a aprender a cocinar (en escuelas, en bares, en donde fuera) para luego llegar a su país (él tiene un retorno seguro) y reforzar el negocio de familia. Dejó un hijo con un año de sustento asegurado, dice, y un país al que adora. Su sueño al regresar es hacer plata en pocos años y luego dormir el sueño de los justos. No voy a juzgarlo aunque intento decirle que todo puede cambiar, que la vida da sus vuelcos. Pero su belleza, su dignidad (no como peruano, como hombre) fue la de hacernos a unos pocos (por suerte yo me encontraba entre los elegidos) un plato de comida sustancioso y exquisito por chirolas. Ahora, despachemos a otro personaje que de protagonista pasó a secundario: el israelí. Me doy cuenta de que no es que me interesara porque pudiese ilustrarme sobre el conflicto árabe-israelí (creo que a él eso tampoco le interesaba, más bien quería viajar y conocer otras gentes; también nos regaló un exquisito plato de su autoría), tampoco quería lavar mi culpa o sentirme conectado con un descendiente del holocausto, no: me gustaba su mirada (la real, es decir sus ojos), su imponente espalda, el movimiento de su cuerpo al caminar.

El “peruano que cocina” sabía una verdad a secas, que tantas veces olvidamos: para estar bien parado –más cuando uno quiere construir algo en algún sitio donde nadie lo conoce– hay que estar bien comido. Él no sacaba más provecho –era imposible con lo que nos cobraba– que su propio plato. Merecido y sin propina. Mezclaba condimentos como un pintor. Y a la hora pactada allí estaba, el plato que nos mantenía en pie durante horas. Yo a cambio le daba lo único que sé hacer frente a un chef: prestarle el oído, pagarle una copa. Su amigo, el tatuador además estudiante de una escuela de artes, le hizo un inca en todo su antebrazo izquierdo. Por qué ese inca, por qué la necesidad de una identidad en el cuerpo, por qué preguntaba yo, como empecinado y fundamentalista escéptico de todo credo o religión. Porque es el inca que representa la tierra en que nació mi abuela, la primera cocinera de la familia, la que inauguró mi destino, algo así dijo. Y yo, otra vez, callé. Me callé pero seguí pensando. En algo que me produce amor-odio, en mí mismo y en lo que me rodea, en un concepto que me tiene a mal traer, que se corporiza en los individuos y los pueblos: la identidad y su construcción.

Me quedé pensando en algo que a los provincianos siempre nos asombra de Buenos Aires: la cantidad de judíos que uno ve en la calle en ciertos barrios porteños, como en Once. El peruano se tatúa el inca y el judío se pone el quipá, dos formas distintas de pertenecer a una etnia, una raza, un grupo, una comunidad. Y que cada cual se tatúe lo que quiera, en fin, pero que sea consciente de su tatuaje. Está lleno Buenos Aires de judíos ortodoxos, esos con dos trenzados a los costados de la cabeza, un traje negro impoluto, el gorro de ala grande. Y de niños saliendo de los colegios con sus “quipacitos” que los distinguen: uno con un bordado que parece oro, otro con su quipá de terciopelo, aquel otro con líneas de colores. Un quipá para cada niño. Y muchas niñas con sus polleras largas y gruesas, sus camisas prendidas hasta el cuello, sus ropajes pesados pegados al cuerpo en una tarde de 30 grados. El cuerpo se acostumbra a todo, dicen, y eso es innegable (los judíos, aquellos millones de judíos, los abuelos o tatarabuelos de estos, lo supieron más que nadie). Pero en la vida uno tiene que poder elegir. Y uno elige sobre todo (si puede) cuando es grande. Siempre detesté a esos padres que le ponen a su pequeño hijo varón –de pocos meses o años– la camiseta de un cuadro de fútbol. Detestaría también que mi amigo el peruano le tatuara a su hijo un inca igual al suyo en el brazo, el pecho o la espalda. Lo mismo me pasa con *esos* judíos, los grandes, los que determinan que sus hijos pertenecen a una etnia o religión que además, creen, es la elegida de Dios. Detesto a esos padres y me apeno por esos hijos, esos niños de tres o cuatro años que ya fueron bautizados (perdón por la herejía) y que serán educados por décadas bajo el influjo de sus padres, de su religión y su Dios predeterminado. Sí, una raza o una etnia o una religión que sufrió un exterminio en el pasado, pero ¿tiene derecho a decirles consciente e inconscientemente a sus hijos, a los que están naciendo cada día, que por eso deben portar el quipacito? ¿Yo tendría que haber llevado una cruz rosada cosida a la ropa porque los nazis también exterminaron a los homosexuales? Está bien, no todo tiene que ver con el holocausto, mucho tiene que ver con la identidad. La identidad propia, la identidad de un pueblo. Una identidad que más fuerte se vuelve cuanto más es maltratada. Si quien uno es o quien uno cree que es, es arrasado por otros más fuertes, más bélicos, más ignorantes en fin, a la primera oportunidad (en lo individual y más en lo colectivo) ese dolor (porque es eso, es un dolor inmenso) se manifiesta o se agrupa. Y se defiende. El problema quizás es repetir la tragedia: yo creo que es trágico que un judío, un indígena,

un homosexual, una mujer, un negro, un pobre, cualquiera que haya sufrido por ser lo que es (o por lo que cree que es) se muestre al mundo sólo desde allí.

El problema no es lo que piense o cómo se manifieste el señor de traje negro y sombrero de ala ancha, el problema son esos niños de quipacitos y esas niñas de polleras hasta los tobillos que no eligen, a los que no los dejan elegir y que nunca jugarán con el hijo del peruano que se tatuó un inca en el brazo. No jugarán unos con otros, no irán a un mismo colegio, no habrá entrevero, la identidad será una cárcel.

El italiano comprendía mejor lo que yo quería decirle a mi amigo el peruano pero su racionalidad (su ser científico) resultó de una petulancia y un evangelio colonizador insoportables. Había estado casado hasta hace dos años (y tenía un hijo de unos diez) y, al parecer, había sido un economista brillante que trabajaba para una multinacional. A los 50 se replanteó su vida y se volvió hippie. Tomó sus petates (y seguramente también sus euros) y salió a recorrer Latinoamérica. Que son cinco o diez personas (y no corporaciones, realmente) las que dominan el mundo, que la tortura del tatuaje, que comerse el sufrimiento de un ser vivo cuando nos manducamos un asado, que la virtud del porro, que la destrucción del humano por el humano, que no me vengas a joder viejo hippie que yo ya lo fui cuando tenía 17, en su hora y en mi salsa. Pero de pronto, en un abrir de ojos, todo este discurrir se acaba: comienza a llover de forma virulenta, caen piedras, por miles. Piedras como rocas que rompen la claraboya. El peruano, el italiano, el judío que más bien se nombra israelí, la puta uruguaya, una francesa lingüista, el tatuador, yo que no sé quién soy, todos, hacemos un silencio exquisito y perturbador. Vemos allí el misterio, la gracia de la Naturaleza o de Dios (cualquier Dios, incluso el que no existe), eso que nos dice que nada somos. Ese silencio, esa mancomunidad que a su vez lleva a cada uno a su propio y verdadero sitio, pero también el miedo, tan de todos, provocado por lo mismo, *exactamente* por lo mismo: la furia del cielo que en un mismo cerrar de ojos puede acabar con todos.

ESTÁ EL EUROPEO idiota –que en el fondo cree que debemos volvernos todos aztecas o qué sé yo, ese que transforma su culpa en religión– y el que se ubica un poco, el que hace todo el viaje por Latinoamérica pero no endiosa nada, o calibra su saber con el de otros. El que se internó en la selva amazónica, hizo el camino del inca, vivió todo-lo-que-Latinoamérica-manda y sin embargo no se convirtió, o mejor dicho: valora su cultura, dice que tantos años de civilización occidental para algo deben servir. Ese que te dice que hasta entre los indígenas está lleno de chantas: de gurúes que precisamente trafican con el vacío ajeno. Hablo del hartazgo que provoca el intelectual de Occidente que rechaza en absoluto su cultura a la vez que endiosa la de otros (la azteca, la oriental, la que sea). Ese que escribe permanentemente sobre las virtudes de los indígenas y sus modos culturales y que en su vida cotidiana no hace otra cosa que cobijarse en los placeres que le da la propia. Peor, ese que vive de la crítica de su cultura (alabando o escribiendo sobre toda la belleza o la paz de las otras) mientras literalmente negocia y trafica con el dolor ajeno. Ese que pasa *toda su vida* (porque allí encontró un nicho de mercado) vendiendo fantasías, escupiendo sobre el plato (sus palabras, su conocimiento) que le da de comer. Si uno profesa siempre y a cada segundo que hay un modo mejor de vivir, debería acercarse a esa promesa. Si profesa, más bien, como si fuese un evangelizador, un sacerdote o un chamán, debería irse a vivir con ellos. Si no puede (si realmente no puede) será un infeliz toda su vida. Si mínimamente puede y no arriesga, es en el mejor de los casos un cobarde, y en el más cierto, un hipócrita o un cínico. Claro que esos intelectuales se protegen bajo un escudo lingüístico importante: yo no puedo mutar del todo y hago lo que puedo, por lo menos muestro la posibilidad de otro camino. Me permito dudar: la maquinaria está echada y esos intelectuales vi-

ven de esa maquinaria. Hay que decirlo por lo claro: tienen otro libro para escribir, otra conferencia para dar, otro viaje que realizar. Está bien, se puede combinar, tomar un poquito de acá y de allá, tratar de hacerse la vida más fácil. Pero no se puede engañar o estafar a todo el mundo (principalmente a uno mismo) durante toda la vida. Si uno enuncia de forma incuestionable y evangelizadora, entonces (para ser mínimamente consecuente) hay que elegir, viejo. No se puede estar en los dos mundos, mucho menos tener la cabeza en uno y el cuerpo en otro.

No es el caso de mi amor platónico. Un rubiecito (qué voy a hacer, me gustan los rubios) que estaba sentado en el hostel en una mesa, solo o con su libro. Así lo vi durante dos días hasta que el último (yo sabía que me iba al día siguiente) no pude contenerme: no le pregunté si estudiaba o trabajaba y si iba siempre a ese lugar, pero casi. No, no era estudiante de literatura. Era (es, porque aún lo veo) un muchacho de Lisboa que leía a Borges por su literatura pero más que nada para adquirir un español perfecto. Eso me sedujo inmediatamente: que buscara alguna forma de la perfección. Es que ya nadie busca alguna expresión de lo perfecto. En el fondo de nosotros mismos creemos que estamos todos rotos, perdidos. Da hasta prestigio decir que nos merodeamos en lo imperfecto, que así somos. Y es cierto, generalmente así somos. Pero es tan exquisito que alguien, cualquiera, busque la realización de lo acabado, lo acabado en sí mismo y para uno, al menos: el plato del peruano, la palabra propiamente traducida, exacta, que busca el portugués de Lisboa para decir y decirse en otro idioma. También me sedujo que pudiera hablar con él de Pessoa y que me definiera prontamente a los portugueses (aunque él tampoco creyera en principio en las nacionalidades férreas): los de blandas costumbres. El poder del lenguaje, la maravilla de la palabra. Hablamos de nacionalidades e individuos y los dos apostamos, de plano y sin dudas, por los segundos. Quedamos prendidos (con distinta intensidad).

Pero también puedo sacrificar mi deseo en pos de una amistad. Toda la vida lo he hecho. Eso le dije al portugués de Lisboa cuando luego –después de unas cuantas cervezas– le conté toda la verdad y nada más que la verdad. Él maldijo su biología –que no su formación cultural– porque con el correr de las horas llegamos a la conclusión de que seríamos –por el tiempo que durara– perfectos. Esas pavadas, dijo, de que uno elige: “quién va a elegir en este mundo ser homosexual”, quién, si pudiera evitarse un dolor. Qué placer –platónico, lo

que quieras– la inteligencia humana. Y hablamos también de los hombres (no en genérico, sino estrictamente de los hombres) y sus deseos, pero de los otros: su necesidad –al igual que las mujeres– de procrear, de trascender mediante otra vida pero sin libertad condicionada. Lo vi en el hostel: al menos tres hombres latinos (quizás eso diga algo) que un día decidieron que debían ser libres, que un hijo no podía aprisionarlos. Y allá salieron, a conocer el mundo, a realizar sus propias vidas. Uno dejó plata, el otro la envía, el tercero cree firmemente que como la familia materna tiene mucho dinero, ese niño está a salvo. Ninguno habla de abandono y se ponen a la defensiva o en posición de ataque cuando les nombro esa palabra. Y mucho menos piensan o valoran que alguien tendrá que cuidar y proteger a ese niño. O sí, lo resolvieron rápidamente: sus madres o el dinero. Yo me encabrono, les digo lo que sé, lo que creo: si traés un niño al mundo tenés que estar cerca al menos por 12 o 14 años. Al menos. Ellos que no, que sus vidas, que él ya comprenderá la libertad de un individuo –su padre, para el caso–, que habrá una especie de reparación ontológica o mística. Ahí los detesto, odio a los machos, me vuelvo mujer paridora. Igual, ser mujer y *estar al lado* no es garantía para ningún niño. Esa noruega (podría haber sido apache, qué importa) que no tuvo el valor necesario. Fue la segunda noche en el hostel: una lluvia copiosa rebasó un tanque de agua y eso hizo que a través de una lámpara de luz en medio de la habitación cayera agua en cascada. Agua y electricidad juntas: una muerte rondando. La mujer, la madre, se arrolló sobre sí misma en su cama mientras el hijo de 12 años –presa del pánico– rezaba o estaba congelado por el miedo con los ojos abiertos prendidos al techo. Ante la inminencia de una tragedia, los humanos (las madres, los padres, los solteros o los zoofílicos) reaccionamos de distinta forma, y esa madre por más paridora que haya sido y por más viaje al quinto mundo que le haya regalado a su hijo, fue incapaz de resguardarlo, de resguardarse. Se entregó al Destino o a Dios y ni siquiera tuvo la fuerza necesaria para salir corriendo, para dejarlo todo (los documentos, las valijas, ante todo el pánico) y sentarse en la vereda. Mi portugués de Lisboa piensa igual (que yo). Un niño es una cosa grande, un recado importante, lo más frágil del mundo. Por eso yo elijo: ni hijo ni perro ni planta ni nada. Yo frente al mundo. O, en el mejor de los casos: la familia humana, los amigos, los amantes bellos o disparatados.

Y entonces no se lo dije directamente al portugués de Lisboa pero lo sugerí o más bien en mi interior se iba solidificando una de mis in-

tenciones primarias, ese otro motivo que me trajo hasta aquí: amar sin tapujos, tener más posibilidades entre millones. Si en ese pueblo llamado Montevideo los encuentros (y ni que hablar el milagro) se producen en directa relación con la cantidad de habitantes y el pudor de los mismos, en esta ciudad tendrá que funcionar la matemática. Cuantos más seamos, más posibilidades deberíamos tener. Yo no quería envejecer –no falta mucho– creyendo que mi ciudad determinaba mi existencia amorosa. Quiero saber realmente si soy yo o es mi entorno, o cuánto pesa cada uno de los dos.

También le conté la historia de esa noche descarriada y violenta, de esa búsqueda esencialmente carnal que uno no se propone pero llega cuando ha bebido mucho alcohol. Esa noche en que salí con uno de los dueños del hostel y un amigo suyo y otro uruguayo (de alguna forma tengo que nombrarlo). Ese uruguayo tan joven que por el sólo hecho de serlo tiene la libertad de decir que casi en lo único que piensa es en mujeres. Ese adolescente adónico que –lo juro– con el pelo por los hombros es idéntico a Jim Morrison. Fue la primera o segunda vez en mi vida que no me bajé de un auto al sentir miedo. El auto parecía un virus maligno y feroz salteando obstáculos a toda velocidad en medio de otros virus malignos y feroces. Eran tales la velocidad y el riesgo, los firuletes (nada tangueros) del conductor que las avenidas de la ciudad y los otros autos parecían extraídos de un videojuego. Llegamos e hicimos cola como si quisiéramos entrar a un festival valiosísimo.

El Jim Morrison uruguayo se fue, quizás a buscar una serpiente. A la media hora estábamos en un lugar como de una cuadra de largo. Yo había entendido o deducido (por las conversaciones de mis anfitriones) que era un sitio de levante y creo que ellos decididamente iban a eso, a buscar una minita, el polvo de la noche. Pero adentro la cosa se enrareció (para mí): primaban los varones (rubios, morochos, altos, bajos, de toda especie y color, aunque de notoria clase media) apretados unos contra otros. Para llegar a la barra del fondo literalmente había que luchar, abrirse paso con los codos, con el cuerpo todo. No había espacio entre un ser humano y el otro por donde se colara una ráfaga de aire. Eso me sorprendió, no en mi inteligibilidad sino en mi cuerpo. Hombres adelante, al costado, atrás de uno. El pecho contra la espalda, la espalda contra el pecho, el culo en un bulto o en una pierna, el bulto en una pierna o en un culo o en un bulto. Amasijo, apretuje, roce. Que me perdonen pero ahí –en un boliche de levante hétero– tuve más franeleo corporal con infinidad de hombres al unísono que en ningún otro

momento de mi vida. Me acordé del tango y sus inicios, o de la histeria en su versión masculina. Salí. En la calle –no me acuerdo en cuál, no sé dónde estaba exactamente– un muchacho me abordó –o yo lo abordé a él, da igual– e intercambiamos unos amasijos –otra vez, la histeria– en un pasillo de un edificio. “No, no, mejor lo dejamos acá”. Un clásico del Río de la Plata. Luego, un muchachito me ofreció su boca en una parada de ómnibus. La acepté, no pude resistirlo. Al otro día me dije no, no te repitas, viniste a esta ciudad con otra intención. Hay tantos hombres, me digo, y son todos tan bellos, es cierto, que tendría que llegar a un estado refinado de mí mismo: está bien, son hermosos, pero ¿cuál tiene algo distinto –algo bello– para dar? Por ahora, sólo el portugués de Lisboa. Por ahora, sólo el amor platónico.

Que no, que no, ningún milagro, profesan lo cultores de la carne, los defenestradores de Platón. Ni una cosa ni la otra, pienso ahora, sólo necesito una mente inquieta y un cuerpo ídem. Lo voy a tener, no puede ser tan difícil tenerlo.

Pero para eso no me voy a etiquetar ni arropar entre supuestamente iguales. Esa demanda que siento que esta ciudad me exige. Me resulta insoportable *estar sólo entre gays*. Me resulta insoportable cualquier militancia que parta de una sola condición. Yo no los acuso pero no me quieran cooptar. Yo no quiero militar. A mí no me interesan las grandes causas ni los grandes guetos, me importan los individuos. No me encausen, por favor, no traten de embanderarme. ¿Qué tengo yo que ver con ese que tiene como sueño poner un hostel gay en Punta del Este? Qué mierda tengo yo que ver con ese tipo.

Yo veo un gesto, un andar, unas piernas, unos ojos, una voz, yo veo hombres que me seducen o no. Yo no puedo ni quiero encasillarme pero esa forma me condena. Me condena y me hace libre (nunca hay completamente una cosa ni completamente la otra). Pero sobre todo me hace libre: yo quiero contarlo todo. Todas las causas, todas las banderas, el relato nimio y el gran relato.

¿QUÉ BUENOS AIRES contar: ¿la del provinciano que todavía mira estupefacto el Obelisco y los monstruosos o bellísimos edificios que lo rodean? ¿La de los nuevos billetes de 100 pesos con Evita de perfil y el relato de cómo va la economía? ¿La del kirchnerismo versus Macri versus Pino Solanas versus troskos versus una política inasible que siempre se está escapando? ¿La del MALBA y los exquisitos circuitos culturales o la de lumpenes, putas e inmigrantes pobres parando desde tiempos remotos –y pareciera que para siempre– en las plazas Once y Constitución? ¿Cuál para acercarnos a ese misterio, esa gran respuesta esquiva, ese delirio que no se deja ver en páginas de diarios y programas de tevé que nada reflejan de una ciudad como animal encantado de cientos de cabezas? Quizás habría que contarlas todas con una certeza previa: esta ciudad es incapturable para una sola mirada humana, esta ciudad es imposible, tautológicamente *esta ciudad es esta ciudad*. Aquí el cuerdo y el loco parecen convivir en cada organismo humano. La gente llora, ríe, se ataca y piensa en un mismo acto. El provinciano enloquece y se cautiva apenas pisa el puerto porque comprende –lo siente en el aire– que sus relaciones encauzadas, manejables, conocidas, cambian de signo, de calle, de tribu, de círculo, a cada instante. Que en esta gran manzana putrefacta y deliciosa (esquizofrénicamente a la vez, si es que una manzana puede ser esquizofrénica, y aquí eso es posible) no es la ética o la estética o la política o el concurso o el azar lo que definen un futuro (el de un individuo o el de la ciudad entera) sino otra cosa extraña, sincera y perturbable: la empatía; me gustás, te gusto, ya no me gustás más, ya no te gusto (una especie de gran Facebook pero no virtual). Y vuelta al juego perpetuo de la seducción: en el amor claro está pero también en política, entre amigos, en las relaciones laborales. Y esa cosa también de buscar (nuevamente: todo a la vez) al

distinto y al idéntico. El que trae otro cuento, el que se viste diferente, el que le reza a cualquier Dios, el ateo científico, el que arde, el que muere, todos juntos –en una misma cuadra– pero no del todo entreverados: las identidades como marca nacional. Buenos Aires (eso que desde afuera llamamos “La Argentina”) que los pone a todos en su sitio (por supervivencia, por salvaguarda, por prejuicio, por placer, por afinidad): el judío ortodoxo camina y vive al lado del peruano pobre, los dos le compran al chino, el chino además tiene su barrio, el hippie su boliche, el punk el suyo, el gay sacó la bandera hace unos años y la agita con la misma vehemencia que el peronista hace 50. La identidad sellada e inhallable (a la vez) como signo de existencia, como paraíso perdido, como promesa de futuro. Quizás toda ciudad o todo país tenga o busque empecinadamente ese *no sé qué* (su sino), aquello que lo distingue, que lo expresa. Ningún montevideano es ajeno a esa *cosa nuestra* que los porteños anotan a cada paso como verdad consabida: esa triste e irónica melancolía atmosférica, ese andar cansino, ese detenimiento del tiempo. Lo mismo podría decirse del espejo buscado al otro lado del Río: el empuje de la furia vital. Pero este espejo está quebrado o sólo devuelve una imagen nítida en una dirección: Montevideo se deja traducir, convertir en metáfora y dictamen claro. Montevideo en ese sentido trae calma, neutraliza la locura (aunque no el suicidio), permite una comprensión más acabada (y no importa si cierta) del mundo: decir “así somos” y que los extraños puedan decir “así son” y que esas dos miradas coincidan, reconcilia a la razón (tan perseguida ella).

El asunto de esta ciudad es otro: un asunto sin síntesis (imposible para la sociología o la política, quizás sólo expresable en el arte) o en todo caso de tesis escurridiza: aquí la idea de construir algo cierto y razonable *para todos por igual* se vuelve una evidente pretensión porque la diferencia expuesta –de clases, de etnias, de religiones, de culturas– es lo que constituye y marca a fuego el espíritu. Esto no tiene nada que ver con aceptar las injusticias o la maldad; es otra cosa de la que hablo: de una especie de resumen de la imposibilidad del mundo, de esta ciudad como receptáculo de todas las miserias, la genialidad, la locura, el deseo, la riqueza y la destrucción del universo. Por eso nos vuelve locos y nos alucina, por eso altera el cuerpo, por eso el chino con el chino y el judío con el judío y el gay con el gay y cada cual con su tribu y todos transitando las mismas calles y así sucesivamente para prevenirse del abismo y el precipicio en el que se vive cada día.

Y ahí una virtud extraña, otro orden inmanente, de regla propia: la ciudad puede caer ahora nomás –en Corrientes y Pueyrredón o en la Estación Retiro o en Provincia o donde sea y desde esos puntos expandir el caos, otro caos– y mañana, rotunda Ave Fénix, buscará otra vez el deseo, la palabra, erigirse opulenta y caprichosa contra su propia muerte. Es eso: esta ciudad –esta gente, tanta gente– vive en el precipicio, camina sobre el pretil, está preparada para que mañana mismo todo –lo que sea que eso sea– se vaya al infierno, que es de donde proviene. Pero no es para estar tristes, vamos, es la bella corroboración de que el mundo es irreal, imposible, de que no hay ni habrá acuerdo jamás, de que todo se nos escapa en cada esquina, de que los hombres fueron lanzados a la tierra sin explicación ni límite ni comando por una fuerza erótica y tanática (a la vez, claro está) y que quien nos hizo esa jugada terrible y notable ejerce todo su poder y su locura en el mismísimo sur.

A MÍ, AL que acusan de creerse el centro del universo, por decirse y escribirse y buscarse escribiéndose, me importa un bledo haber nacido, o más exactamente, a mí me gustaría que todo reventase hoy mismo por los aires: niños y mujeres embarazadas, autos y autopistas, políticos y planes de gobierno, restaurantes, cines y librerías, parques, animales y plantas, destinos y memorias y futuro. Y que de ser posible, todo terminara con una verdadera orgía generalizada, iluminada sólo por la gran fogata de las fábricas de condones. Y los niños allá a lo lejos, llorando y abandonados mientras sus madres se hacen penetrar por sus hermanos y sus padres y los adolescentes por los viejos verdes y mientras tanto las putas y las maricas viejas toman whisky sin parar y ríen y se abrazan entre ellas y se burlan, sabedoras de la historia y el fracaso universal, de tanto hombre y mujer mal paridos, mal nacidos. Qué tanto hijo, qué tanto futuro, qué tanta paz, qué tanto destino; que todo reviente por los aires, Dios, y que se acabe de una vez toda esta farsa.

ME PREPARO PARA ir a una fiesta a esos lugares donde los que asisten sienten y actúan como si pertenecieran a una casta distinta, exclusiva. Yo no sé pertenecer, ese es mi problema. Igual elijo un pantalón y una camisa adecuados, mi uniforme de pertenencia. No pertenezco sobre todas las cosas porque voy sin que alguien me haya invitado, voy del brazo de una amiga que de alguna forma sí es parte de ese grupo selecto, los escritores y editores nóveles porteños, esos que chorrean elegancia y gestos, que extienden la mano a cada paso y le regalan una sonrisa hasta a un muerto. Toda esa gente bella, bien vestida, hijos de escritores y psicoanalistas y académicos, los hijos perfectos de la cultura porteña, desafiante, extrovertida, elocuente, escritores y editores sin una gota de rubor: “te presento al gran Peteco; aquí el magnífico Sultano; saludemos al glorioso Mengano”. Así, todos y cada uno de ellos son grandes, magníficos, gloriosos; tanto lo son que si uno recibiese un elogio con un adjetivo modesto, apropiado, pudoroso (aquí este escritor con un libro bueno publicado), no terminaría de creérselo. Yo llego con mi amiga y siento la misma incomodidad que siempre he vivido en esos mundos: soy un advenedizo, un hijo de obreros analfabetos, un pobre diablo que siempre tiene la misma ropa puesta, un hombre que no quiere estrechar manos y repartir sonrisas como si estuviera en un certamen de belleza de pueblo. Mi amiga lo sabe y mientras muestra sus hermosos dientes al anfitrión, se mantiene atenta a mi incomodidad en esa fiesta de lobby y vanidades. Así de desgraciado e hijo de puta soy: entro de colado a las fiestas y detesto a cada uno de los invitados. Todo eso me pasa hasta que ocurre el milagro de las botellas de champaña. Siempre me ocurre lo mismo: cuando veo aparecer la primera miro en todas las direcciones, husmeo detrás del mostrador, le pregunto a algún mozo: ¿hay más, hay mucha? Si de alguna forma lo compruebo, todo cambia. Yo

soy pobre y advenedizo pero tengo el paladar de un aristócrata. Y ahí, seguro de que mi copa estará llena hasta el hartazgo, me inserto en las relaciones sociales. Nunca digo que soy el gran, el magnífico o el glorioso escritor (porque no lo soy) pero me largo en una carrera desenfrenada y sin sentido a molestar a los demás. Si me hablan de literatura, les hablo de hacer las compras, si me hablan de cualquier estupidez les digo que en toda Argentina no hay ni un solo escritor grande, magnífico o glorioso. No es que no pueda entablar una conversación sincera, honesta, en paz, es que cada palabra emitida por cada uno de esos porteños del siglo XXI suena a mentira, a pose, a *haceme* una reseña, *publicame* el libro que no he escrito, formemos la comunidad de los nuevos nuevos nuevos literatos y editores, de la nueva nueva nueva narrativa, de los nuevos nuevos nuevos. Aquí nadie es nuevo y la humanidad es una vieja renga y puta, destartalada, casi sujeta a un respirador. Pero hay champaña y cuando ya nadie me escucha porque pronto me vuelvo agresivo e incoherente o me aburro de mí mismo, aparece la persona que más me interesa de toda la fiesta y olvido la literatura, las discusiones sobre Borges sí o Borges no (aunque aquí Borges siempre es sí), el dilema de existir y cómo o el de no pertenecer: un mozo de ojos verdes y pelo rubio enrulado que le llega al cuello, de labios gruesos y morados, con un delantal negro pegado al cuerpo que le deja ver unos pechos marcados, una remera también negra que se detiene justo en sus bíceps duros y jóvenes, del color de piel más excitante del planeta (ocre, como la luz de cine), ni demasiado alto ni petiso, perfecto para que su boca se detenga en la mía un segundo antes de que su lengua me invada y me haga callar frente a habladores gratuitos, verborrágicos sin alma e histéricos compulsivos. Lo veo y le pido, tímido, una copa más. Tengo a un metro toda una mesa llena de copas y botellas en recipientes que conservan el frío, pero no, voy y le pido, cautivado por su imagen, por sus gestos, otra copa, *por favor*, como si fuera *mi* mozo, como si yo fuera el cumpleaños rico que le paga el sueldo, como una puta experimentada en tacos aguja que quiere conquistar al adolescente excitado. A él no le importa mi gesto burgués o cumple su trabajo o identifica perfectamente mi deseo y me sirve una copa más con elegancia, despacio, como si sus dedos gruesos y un poco ásperos me estuviesen acariciando la espalda. Yo ruego a todos los cielos que nunca termine de servirme y que su *un gusto* luego de mis *gracias*, *muy amable* se conviertan en un deseo irrefrenable y que me guiñe un ojo

y me conduzca sutilmente tras sus pasos hasta el baño elegante de la casa del cumpleaños y que pasemos la llave y primero nos miremos a los ojos como si hubiésemos presagiado ese instante y que de pronto estemos enredados en saliva y yo le beso el cuello y él jadea y me mete una mano rápida por el pantalón de mi uniforme de fiestas y yo le levanto el delantal y descubro un pecho fuerte, altivo, de tetillas duras y erizadas y se las muerdo y dice que no puede más, que está trabajando, que se van a dar cuenta y sin rodeos y para no perder el tiempo ni la vida me doy vuelta y le entrego mi culo mojado e implorante y entre delantales, pantalones a medio bajar y no tenemos condón y no importa, y dale, metémela, él se adentra en mí con delicadeza y con fuerza y jadea tres veces y me muero, me muero, y yo también, me voy en vos, venite en mí, nos vamos juntos y finalmente siento al animal que ha caído sobre mis espaldas con la respiración entrecortada en mi cuello mordido, y cierro los ojos y lo tengo a un metro de mí, sin haberle tocado un pelo, sirviéndole una copa de champaña a una rubia escritora nueva nueva nueva. Miro a las escritoras de esa raza enfundadas en polleras cortas y con grandes escotes, de pelos brillantes, tetas paradas y labios paradigmáticos y me vuelvo misógino, puto resentido, maldigo a Dios y al Diablo porque me depositaron en este cuerpo feo y en esta alma triste, en esta particularidad deseante que la mayoría de las veces (la mayor parte de la vida) me pone de extra en la gran – magnífica – gloriosa película del deseo. Si la vida es una cosa injusta y sinsentido para todos que al menos la naturaleza me hubiese obsequiado un buen par de tetas para gozar de lo que más me gusta de la vida: los hombres. Operarme y hacerme travesti no va conmigo, no soporto las agujas, las medicinas, los quirófanos, soy demasiado perezoso y creo poco en la vida como para pasar años enteros conquistando un cuerpo deseado que al final no tendría. Y no, qué va, de haber sido mujer no hubiese sido lesbiana, yo creo a contracorriente de las modas discursivas que la sexualidad y el alma son casi la misma cosa o que se confunden y se amalgaman, que uno puede descubrir nuevos nuevos nuevos objetos de deseo en la vida pero hay algunos que vienen con nosotros, que están adheridos a nuestra piel, que nos comandan. Pero tampoco ese deseo femenino es del todo cierto, la verdadera explosión, lo que me conmueve y me extrae de mí mismo es mi cuerpo hombre contra otro cuerpo hombre, dos voces gruesas, dos instintos parecidos, dos fuerzas erguidas, imperantes, eyaculadoras (y a veces tres). El asunto entonces no es ser travesti, no es ser

mujer, son estos defectuosos genes que no me hicieron bello, deseable, que no pusieron la boca del mozo rubio en mi boca, sus ojos verdes en mis ojos tristes, sus dientes de piano en mis teclas torcidas. Si fuera así no me faltaría hombre, ni efebo ni adulto, ni rico ni pobre. Si fuera así, quizás yo sería nuevo nuevo nuevo.

Y en un momento estaba gritando, confesando mi deseo, mi furia, mi necesidad y le decía a mi amiga y a quien quisiera escucharme (a esa altura todos gritaban furiosos su necesidad y entonces nadie se oía) que sí, que me gustaría que de pronto *bajara del cielo* con los brazos extendidos (como metáfora boba, borracha) el hombre o el ángel que al menos esa noche me sujetara, me calmara, me abrazara. Miré al costado, a un metro, y vi que el mozo seguía ahí y balbuceaba algo parecido a “cielo” y tendía los brazos abiertos, expectantes. Busqué la mirada y la complicidad de mi amiga y ella no estaba, hablaba más lejos con un nuevo nuevo nuevo mientras yo sentía la soledad del universo cayendo sobre mí. ¿Las quince copas de champaña me hacían delirar? ¿Era posible que Dios, el Diablo y sobre todo el mozo rubio hubiesen escuchado mis plegarias? No sé, agaché la cabeza, me arrimé a la mesa y me serví la decimosexta copa de champaña. Cuando me incorporé y busqué la mirada del mozo, ya no estaba, se había ido para siempre, como una alucinación o una pérdida. Quedábamos tres o cuatro borrachos, la fiesta se acababa y no quería (advenedizo y todo) quedarme a limpiar la casa. Salimos a la puerta, mi amiga se tomó un taxi y me dejó con la promesa que yo me tomara otro. De pronto toda la existencia, la borrachera, mi fealdad y mi profunda pobreza me bajaron al cuerpo y lo tomaron de la forma más indigna: me cagué encima. Luego pensé, para salvarme, yo el advenedizo, el feo, el que no es nuevo nuevo nuevo de nada ni es grande ni magnífico ni glorioso, yo el inadaptado, el patético, el hombre triste y de un uniforme de salida (ahora cagado) al menos escribo sobre mi propia mierda.

YO NO SÉ cómo es para las mujeres, los psicoanalistas y los teóricos del sexo pero sé de la necesidad. Sé de la necesidad sexual como sé del hambre. De mil bibliotecas he escuchado sobre agujeros, lugares a ocupar, ausencia de falo o lo que sea (“Seminario sobre el agujero en Lacan”, fue el más delirante y paradigmático de todos los escuchados en mi puta vida), pero lo cierto, lo que yo sé, lo que mi cuerpo me dice, es que luego que el culo conoce la ocupación ya nada es igual en la vida. Necesita ser ocupado otra vez y otra vez y otra vez. Un culo entregado a la fuerza comandante de un hombre es más poderoso y más real que el más festejante de los poemas bucólicos o la más de las encantadas revoluciones o dictaduras atroces. Pregúntele sino a Reinaldo Arenas, Perlongher o Pasolini, que en diferentes épocas y territorios escribieron con el culo los más bellos y combativos amores sociales. ¿Qué tiene de diferente el culo del corazón? ¿Por qué hemos endiosado a uno y no a otro? Tampoco tienen que convertirse en enemigos ni disputar un nuevo podio por la verdad social e individual, pero sí pueden compartir las glorias del amor y del placer, de la furia de una pija nueva, desconocida, imperante, como del dolor de una ausencia, de una muerte o de cáncer. Son órganos que además de estar programados para bombear sangre y expedir lo que nos sobra, pueden sentir, estrujarnos de deseo, rompernos real y metafóricamente las venas y los conductos, hacernos perder, eso es, eso es, eso es, la razón.

ENTONCES TODO ESTO se trata de unos pocos tópicos repetidos hasta el hartazgo: el sexo, el deseo, la pobreza, el misterio y la muerte. Sí, se trata de esos temas repetidos hasta la demencia desde que el hombre tiene lenguaje, desde que fue expedido a esta tierra ignota, desde antes de que naciera. Todo estaba puesto allí, esperándonos, y uno no puede más que afrontarlos, mirarles la cara y escupirlos, apuñalarles el sentido, revolcarse con ellos hasta su desaparición.

ESTOY HABLANDO CON unos amigos en un bar bohemio de Almagro. Los tres somos parte de esa casta tan rioplatense, mundana y previsible a la vez, producto de la universidad y la cultura europea. Tenemos el cine, el psicoanálisis, la progresía política y las estratagemas y retóricas del lenguaje como forma de divertimento. Esa casta que disocia, disecca, disecciona la materialidad de las cosas de las cosas en sí mismas. Una cosa es el poder y otra la reflexión sobre el poder, una cosa es la diletancia sobre el deseo y otra el deseo practicado, una cosa es el arte y otra la vida. Todo bien separado, en compartimentos intelectuales precisos, decimos sexo sin pudor pero nunca nos tocamos, decimos pobre gente y bajamos la cabeza frente a una vieja abandonada, alabamos películas y libros y jamás fuimos capaces de actuar como el protagonista de la ficción admirada. Nos fumamos un porro y todo se enreda más, se vuelve más masturbatorio, más eternamente discutido, todo gira en torno a la elocuencia, al comentario más sutil y elaborado, semiótico, de mil aristas de interpretación, todo se vuelve abstracto sin que ninguno sude, se conmueva, rompa a llorar. Miro alrededor y todo el mundo parece estar en el mismo ejercicio, la más radical fiesta de la palabra, en el lucimiento perpetuo de las dotes intelectuales. Y nos fumamos otro porro y todo se enreda más y pido otro vino y la retórica es mayúscula. Bostezo y antes digo que no puedo más, que necesito hablar de algo, decir algo que me quema. No sé qué es y baluceo y digo sexo y digo muerte y digo trabajo y digo amor. Y entonces intento atar cabos, ser coherente como todo hombre del Río de la Plata y termino conversando conmigo mismo, ensimismado, loco de locura incomunicada. Que quiero amor, digo en un momento, o que quiero sexo, uno u otro y si se dan juntos mejor. Y que en ese lugar seguramente no (o quizás sí, pero sólo como una excepción) y hay que asumir e ir a uno de esos sitios de las banderas de

los siete colores flameando en la puerta. Que así están las cosas (ahora sí agarradas a sus conceptos) y que hay que estar entre iguales. Pero hasta para estar entre pares hay que tener dinero: pagar una entrada, pagar mil tragos. Está bien, tenemos esos lugares donde uno relativamente puede ser, y *es* desde antes de entrar: “aquí vienen los putos contemporáneos” es la traducción literal de esas banderas multicolores colgadas en los recintos gay. Es una especie de condición previa para entrar o más bien una contraseña demasiado evidente. No importa si luego allí dentro uno encuentra un amor o una cama o gente distinta y dispar, el asunto es la marca anterior, el sello en la frente, el ingresar a un sitio *para ustedes, para que sean, para que gocen, para que olviden*. Ser, gozar y olvidar son permisos divinos o fundamentos excelsos para existir, pero uno se encuentra con el ser o una de sus formas, con el goce y con el olvido cuando precisamente no es identificado de antemano, cuando no tiene que entrar a ningún sitio con la huella que lo ha perseguido toda la vida. Pero en verdad esa noche no voy a uno de esos lugares porque no tengo dinero, porque con lo que gasto en una entrada me alimento dos días, porque ser un integrado, un hombre aceptado y libre entre los aceptados y libres cuesta horas de trabajo. Son las leyes del mercado y no otra cosa las que nos han otorgado libertad. Mierda, me vuelvo marxista, aburrido. Camino y dejo que el viento de invierno, el más bello de los vientos, me extraiga las teorías. Salgo de Almagro y no sé cómo llego a Adolfo Alsina cuando atraviesa el barrio de Once. Festejo mi respirar liviano, que al fin se haya ido de mi mente tanta academia inútil. Me observo de afuera y me gusta lo que veo: un hombre solo caminando sin pensamientos enrevesados en una noche fría. Festejo ese tránsito hasta que una voz me reinstala: una voz carrasposa, de hombre – mujer, que me dice “¿solito, vamos?”. Levanto la vista, miro hacia adelante y me descubro en un túnel de atmósfera viciada. De pronto estoy caminando entre travestis, lúmpenes, marginales, inmigrantes pobres, dealers, compradores de porro, de merca. Carcajadas altisonantes, lunfardo *posta*, indígenas sin ropas autóctonas pero de rasgos que no mienten, vino en caja, vino en botella, plata para el vino. Me siento un extraterrestre, un hombre de otro mundo, un burgués de pura cepa entre carníbalos hambrientos. No me lo dice ninguna ideología sino mi cuerpo hinchado por la tensión, mi corazón bombeando fuerte, mis ojos desorbitados, mis gestos simulando tranquilidad. Tengo miedo. Me reprendo, me obligo a pensar en mis prejuicios, me tiro ochocientos

libros por la cabeza. Pero no hay caso, tengo miedo. Y estoy excitado. Me dan ganas de ser esa travesti rubia la noche entera, meterme en una pieza sucia a tener sexo violento con cuatro peruanos, ser el viejo que conduce ese auto lujoso, tiene merca hasta en las uñas y baja la ventanilla frente a esa travesti negra, colombiana y gritona, ser la travesti negra, el lúmpen con un tetra brik en la mano que recorre la calle gritando, exigiéndole al mundo otro tetra brik de repuesto, ser todos y cada uno de ellos y ya no ser yo, ese hombre temeroso que camina entre ellos buscándole un orden, un sentido a un mundo que nunca lo tuvo y jamás lo tendrá. Quizás si tuviese dinero, todo sería distinto: me hubiese tomado un taxi directo a mi casa, viviría en otro barrio o en Europa o todavía, hasta hoy y el fin de los tiempos, estaría tomando merca y vino barato o caro, todo pagado por mí, hasta el robo, la amistad o la muerte, con toda esa gente depositada por Dios o la existencia en la calle Alsina. No sé, quizás una fuerza extraña comanda nuestras vidas, esa fuerza que nos salva o que nos hunde. El día y la noche, la castidad y la lujuria, respirar o la tumba. Y ese extremo, ese desorden, esa imposibilidad cívica de la calle Alsina no la veo distinta a la luz del día y de las calles corrientes del caos de esta ciudad. La luz miente, hace que todo parezca sensato, crea la ilusión de un acuerdo entre los hombres. ¿Qué diferencia real existe entre los espectros de la noche y las fantasmagorías del día? Que cumplimos horarios, llevamos a los niños a la escuela, compramos, vendemos, portamos los rostros de lo cívico. Por lo demás, la misma materia. En esta cuadra en la que vivo comparto la calle con el judío ortodoxo, el empresario bueno o hijo de mil putas, el adolescente sin futuro y el que va a ser un genio, la vieja pobre y abandonada, la puta con orgullo y culposa y la católica recalitrante, el artista ventajero y el honesto, el burócrata, el filo nazi y el anarco, el científico y el marginal, los que trajeron su cultura encima y no pueden despojarse de ella: alemanes, italianos, rusos, españoles, croatas, serbios y desde hace poco tiempo y para siempre colombianos, peruanos, mexicanos, ecuatorianos y turistas que sin ser de la inmigración primogénita o constitutiva, se quedan para siempre: europeos, latinos, del ex socialismo y del más puro capitalismo. Ah, y me olvidaba de los chinos. Olvídense, entonces, de que esta ciudad tenga un destino posible, ordenado, europeo o latinoamericano, un espíritu común, un sueño similar, esta ciudad es el caos, la manifestación más propia y hermosa del caos mundial, de la esquizofrenia universal, de la imposibilidad de un acuerdo. Aquí el

orden es y será declaración, deseo, máscara. Si algún destino puede tener, precisamente es el de ser el receptáculo de toda la locura del mundo, de todos los deseos del mundo, de toda la explosión del mundo. Y quizás, sólo quizás, pueda dejar de buscarse cuando acepte que está perdida para siempre.

¡ NO LO SOPORTO más. No quiero más mi inteligencia y mi retórica, mis libros y películas, este decir elocuente, esta pose. Soy un perro lastimoso que busca una caricia. No quiero trabajar el orgullo ni el mundo propio y la belleza interior. Mi cuerpo es un desierto árido que invoca una gota de lluvia. Mi cerebro un torrente lávico que implora salvación, silencio. Necesito a alguien que perdone que haya cogido sin condón en plazas públicas y recovecos infectos, alguien que no se asuste de las pastillas y el alcohol, alguien que detenga la sangre de esta herida que me surca el pecho. No será, creo, un trabajo prolongado y duro, ningún insertarse en profundidades oscuras y malditas, es sólo un cuerpo rabioso de otro cuerpo rabioso, un alma atrofiada por la soledad. Tengo la capacidad de la carcajada, las manos prontas para recorrerte, la calma que llega después de haber estado en el precipicio de la muerte. Tengo el amor después de la misantropía, la belleza intoxicada por el mundo, conozco tu dolor porque sé del mío. Adoro el viento, la luna de verano, las cervezas frías. Y el silencio compartido. Rompo en llanto si es necesario y tengo la palabra justa que te extrae de las tinieblas. Mi corazón persigue una promesa, dos, diez. No creo en la futilidad de este tiempo y lograremos, juntos, atravesar el espacio. Persigamos lo eterno, lo que no se rompe, el temblor en medio de un casamiento, la planta rebelde en un mundo de cemento. Aquí estoy esperándote como se espera a Dios, al destino, a la revolución o la muerte.

¿CHE, Y CÓMO está Buenos Aires, preguntan algunos amigos desde afuera. Y, cuál querés que te cuente, dice uno y piensa en la gran falacia de *la* ciudad. ¿La Buenos Aires turística y encantada de la Plaza Serrano en Palermo o la perturbadora de Once y la Plaza Miserere? Supongo que a esta altura no será ningún hallazgo lingüístico asociar las palabras y las cosas y que esa correspondencia fonética ya fue escrita mil veces: Miserere, qué nombre justo (si es que se puede encontrar justicia en la miseria). Es en las calles y las plazas donde está la ciudad, las verdades, donde los relatos políticos se corroboran o desintegran, donde la vida grita. Y cómo grita en plaza Miserere. Hasta con megáfono en mano: el hombre - pastor que todas las tardes conecta uno a un parlante y como en decenas de películas y ciudades trae la salvación de la mano de Dios porque lo que es este mundo, dice, está en su apocalipsis. Es la palabra radical de los locos que siempre tiene la virulencia de un veredicto: todos mienten, políticos, medios de comunicación, periodistas. El hombre - pastor no se cansa y repite verdades, delirios y salmos rodeado de un mundo que se dirige quién sabe adónde. A unos metros, dos putas morenas, hermosas y cubanas esperan clientes sentadas en un escalón. Mantienen una distancia prudencial una de la otra, respetando territorios, y conversan sin mirarse a los ojos como cuidándose de no ser vistas juntas o participando al viento de sus palabras. Se le acerca un viejo harapiento a una, un hombre prolijo y obrero de rasgos indígenas a la otra. Ellas dicen su precio, los hombres meditan la compra un segundo y se van. Y todo sigue, un pasaje interminable por esa feria sin vanidades y un tiempo que sigue trayendo niños que chorrean mocos y juegan con un pedazo de cartón y al segundo lloran y patalean mientras sus madres conversan con otras madres que tienen más hijos mocosos. Cuánta reproducción, Dios mío, y cuánta de

la pobreza. Miles y miles de zapatillas por día pateando esa plaza que parece no ser pisada por los zapatos de las clases medias para arriba. Hay veces en que la concentración de la pobreza es mucho más violenta que la otra y se manifiesta en un solo espacio, en una calle, en una estación de trenes: todo en una misma manzana chirriante en colores y ofertas. Colores de piel, de artículos, de comidas: el negro africano corpulento y hermoso que vende cinturones (el negocio de los negros africanos); las mujeres y hombres andinos que venden comidas de todo tipo, al paso, sobre la calle, al lado de los colectivos y cerca de la mugre de la ciudad; baratijas, puestos enteros de ropa interior, más comida al paso, juguetes que se romperán tras la primera cuerda; ruido, griterío, miles y miles en torno a lo que gira el mundo, el dinero, poco o mucho o con la lógica de la pobreza pero el dinero al fin. “Once es el capitalismo del subdesarrollo latinoamericano”, me dijo una amiga socióloga con un acierto incuestionable. Lo latinoamericano aquí es el anverso del sueño y la vocinglería de las patrias unidas y el destino de los pueblos. Buenos Aires es muy diversa, sí, pero cuando la multiculturalidad se codea con la pobreza (cuando hacen simbiosis) toda apelación a mezclas y crisoles se vuelve frívola, un esnobismo de intelectuales progres. Intelectuales que miran por el rabillo de papers y ponencias y que jamás pisaron (ni mearon) en el baño de Estación Miserere. Dios santo, los baños masculinos, qué expresión más extraña del encuentro entre los hombres (y no de la humanidad: de los hombres). Porque entre los hombres pobres (e inmigrantes y obreros y lumpenes) también sucede el levante: hombres a la caza de otros hombres y unos que evidentemente están trabajando y otros coqueteando y el grito pelado de un lumpen que le grita a un gordito (puto, qué mirás puto) y el gordito que se defiende (puto porque no te pago, villero) mientras un paralítico intenta atracar su silla y un obrero se afeita y una cola perpetua y los cuidadores que liberen los baños, que circulen, que liberen. Y entonces uno sale corriendo en busca de aire puro y encuentra más entrevero y más miseria y más trabajo informal (infernial) sin coberturas de salud ni ocho horas ni más leyes que las de ese propio ecosistema echado a la buena de Dios y de la negociación entre esos hombres que así y todo trabajan, se ríen con o sin dientes, conversan, están vivos, tiemblan como tiembla el mundo, ese mundo. Esa atmósfera con lógica propia y pulso alterado, ese demonio pobre y violento que está a media hora de otros buenos y malos aires de olores y cadencias inmensamente

disímiles. Llega la noche y todo sigue su curso y las ventas continúan –de cuerpos, de comidas, de ropas– y se adecuan a la hora: un hombre lanza al aire un pequeño objeto volador que mientras gira y sube tintinea una luz violeta y brillante. Uno cuelga sus ojos al objeto volador y se encuentra entonces con un cielo que, desde todos los tiempos, mira impávido, como Dios.

ES EN LA noche que esta ciudad se deja pensar, justo después de que la mayoría de sus habitantes se atiborró en el SUBTE como si fuera el tren que condujera al paraíso (puede ser: la propia casa). Ese momento preciso que todo lo cambia: se detiene el ruido apabullante y la luz se hace distinta, rojiza y amarilla, y de pronto, inmersos en otra atmósfera. Ahí se pueden intercambiar miradas con edificios que hace 100 años nos reclaman y la Avenida de Mayo parece una vieja sabia y elegante que susurra verdades. Tan distinta y tan distante a esas horas de su otro destino, for export y militante. No es esa con la que uno conversa por las noches. Aunque sí, conversa, por oposición natural (el día y su contrario, la militancia y el arte, el ruido y el silencio) con esa otra que acaba de irse a dormir. A veces en la noche todo se vuelve más claro.

¿Qué busca un extranjero recorriendo una ciudad que le es nueva y ajena? Descifrarse, descifrarla. Descifrar qué. Quizás no haya nada que entender y uno sólo tendría que transitar liviano dejándose raptar por el aire pero todo convoca a pensar este tiempo. En la noche los marginados piden más y son más dueños de la calle, los carteles de políticos y partidos irrumpen en el más despojado de los cerebros, los edificios *art lo que sea* no terminan de entenderse con este principio de siglo. ¿Cuándo fue que hubo –si es que existió– una perfecta correspondencia entre la opulencia arquitectónica y el espíritu de los habitantes? Eso perturba porque la distancia ahora parece insalvable. Casi todos los edificios de esa avenida construidos hace decenas de años, marcaban otro destino: el de habitantes cultos, elegantes, burgueses claro está, hombres y mujeres de preocupaciones mundanas. ¿Y ahora qué? Europeos bastante perdidos con máquinas de foto a todo trapo, pobres pidiendo, el Tortoni y su evidente espera de turistas haciendo cola, el Palacio Barolo que tiene un hermano gemelo

en Montevideo (el Salvo) y mira a través de la reproducción arquitectónica de los siete círculos del infierno de Dante cómo todo se fue –desde que Dante lo escribió– al centro del purgatorio. Al menos, desde que aparecieron los aparatos de propaganda de la política –partidaria y anarca, la que sea– que lo único que hacen en la vía pública es arruinarle los paseos cósmicos al mínimo aspirante a *flaneur* y el rostro (y rastro) a las fachadas del pasado. Sólo son fachadas, es cierto, pero qué exquisitas, qué trabajadas, cuánto amor había de cara a la ciudad. Quizás resulte facha esta pretensión de limpieza pero más opresor resulta ver hombres y mujeres de este tiempo en gigantografías saludando, sonriendo, pidiendo votos, diciendo patria, llamando a un destino que ya nadie se lo cree (aunque en verdad hay miles que siguen rezando). ¿Y Perón y Evita? No es simpático que un extranjero ofenda la iconografía nacional de un país hospitalario pero qué más da: estoy harto de esos señores sonrientes y con los brazos en alto en cada esquina de la ciudad. Lo mismo me pasaría con el Che en Cuba o ¿quién en Uruguay? Cuando atravieso la 9 de Julio mi caminata está totalmente contaminada y la señora de la patria termina de darme el último golpe: si no te gusta la sopa, dos Evitas. Siempre fantaseo que cuando camine y la iconografía política ya no me demande (o lo que es mejor, la olvide o ya no importe) al fin dejaré de ser extranjero o entraré definitivamente a una ciudad (a un país entero) que está oculto y esperándome tras la doble cara de Evita (la gran metáfora de las máscaras).

YO PENSABA QUE esas grandes estructuras de hierro de una –dos– Evita gritándole al pueblo (para mí que lo reprende, le ordena) estaban en ese edificio desde tiempos inmemoriales, desde los tiempos en que el general y la condesa popular erigían sus propios monumentos. Pero no, acabo de enterarme de que es obra y gracia de la permanente creación simbólica del kirchnerismo. ¿Por qué los argentinos y sus publicistas, tan arriesgados y novedosos, no ponen algo más cool, de otra argentinidad? Charly García, por ejemplo. No, no des ideas, y eso además ya está en los Nac&Pop y al final sería el mismo perro con diferente collar. De lo que se trata, se los pido en nombre de todos los extranjeros que visitan esta tierra, es de no arruinar con tanto panfleto, ícono y bandera, la belleza de la ciudad o, más precisamente, de dejarnos pasear en paz sin tener que pensar en Cristina, Macri, Evita o la revolución de los bolivarianos, de que la relación con el pasado y el presente (el aire en la cara, el paso lento, la luz imponente en las noches frescas) sólo esté mediada por la propia caminata.

SON LAS BANDERAS pegadas al cuerpo. Banderas que a veces se tornan peligrosas. Justo a los pocos días de llegar, se realizó una multitudinaria marcha por los treinta mil desaparecidos argentinos durante la última dictadura militar. Debía y quería ir. Se dice (se propaga en el discurso colectivo o político) que hace muchos años no se veía en Argentina una politización tan grande de la población, y en especial de sus jóvenes. Que se vuelve a discutir (la referencia parece obvia: volver significa “como en los años setenta”) en los bares, en las familias, en las universidades, en la calle. No haré un juicio de valor sobre eso aunque creo que una sociedad que se piensa a sí misma, algo sano debe tener. No, no es justo que entre en plano abstracto de buenas a primeras. Mejor lo que vi, pensé, sentí. Creo que nunca había vivido un grado de estupefacción tan grande ante una multitud politizada en las calles. Caminé desde el inicio hasta el final de la marcha. Un buen trecho de la 9 de Julio, otro de Avenida de Mayo hasta llegar a la Casa Rosada. Columnas, organizaciones, más columnas embanderadas. Decenas de columnas integradas por obreros, estudiantes secundarios y universitarios, organizaciones con sus temas, intelectuales de clase media. Cientos de individuos en cada una con sus respectivas camisetas puestas: la Juventud Peronista, la Juventud Sindical, la Juventud de la Cámpora, la columna de Los Descamisados, todos con perfectas (y novísimas) camisetas a estrenar. Un bloque compacto. La vehemencia del bombo sin parar y cada vez más potente, las banderas flameando, las caras o las marcas que atraviesan (sin fisura aparente) la historia y el tiempo: Perón, Evita, el Che. También los pueblos libres de América Latina y Chávez y el anticolonialismo. Por momentos me sentía dentro de una película o más bien un documental estrictamente político-partidario. O dentro de otra época: me imagino que más o menos así serían aquellos tiempos de las predictaduras en el Cono

Sur. Ahora no hay dictadura y contra eso precisamente se marchaba, pero yo sentí miedo. Miedo y asombro. Tiene mucha dignidad que buena parte de un pueblo salga a la calle a recordar que hace veintiocho años se acabó una dictadura que arrasó con treinta mil personas y que heredó un trauma colectivo con heridas aún sangrantes. Claro, eso está fuera de discusión. Pero las consignas, el bombo peronista, el Che, por qué esos jóvenes, sindicalistas, estudiantes, intelectuales de clase media, obreros, siguen evocando a Perón casi como el salvador de la patria, como el conductor que se conecta casi linealmente con Néstor Kirchner y “La Presidenta”. Sí, no hay que olvidarlo, fue Kirchner quien anuló en 2003 las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y quien descolgó del Colegio Militar los cuadros de los dictadores. Eso permitió que los máximos responsables de la dictadura fueran enjuiciados y que miles de personas conocieran su verdad. Hubo con Kirchner una reparación histórica. Pero eso –además de su muerte en el cenit de su gloria– lo habilita a convertirse en un héroe colectivo? Por qué esta sociedad necesita de grandes conductores, por qué endiosa tan rápidamente a quienes hacen lo que deben hacer? Quizás porque esta sociedad siente que nunca nadie –en el campo político– hizo lo que tenía que hacer. Pero hay pudor mío (quizás sí uruguayo, quién sabe) que me pone alerta, desconfiado, que también me perturba. Ese pudor (o ese extremo cuidado) que nunca dejó que pusiera ni una calcomanía en el termo (de lo que fuera, hasta en los momentos en que estuve más convencido: cuando el primer gobierno del Frente Amplio, cuando la campaña por la anulación de la Ley de Caducidad, cuando tenía 18 años y el Che Guevara, cuando la pelea por la despenalización del aborto, cuando un cantante de mis amores, cuando hasta una ironía estampada en una remera regalada por mis amigos: “I dont kill the tomatos”). Pero ésta no es una ciudad pudorosa, se sabe, y muy pocos parecen dudar (muy pocos de los que toman posiciones políticas) en llevar la camiseta al extremo. No me asombrarıa que muchos empezaran a aparecer tatuados con la cara de Kristina en el pecho. Pero todo esto no se puede despachar sin más diciendo que son una manga de fanáticos (además resultaría muy petulante de mi parte afirmar que tantos miles están perfectamente equivocados). Había en esa marcha también una verdad. En un momento tuve que sentarme a un costado y ver las columnas (ya lo dije, compactas, indisolubles) pasar. A mi lado, un hombre más o menos de mi edad también miraba en actitud reflexiva. Pensé que debía ser un extranjero

–como yo– que estudiaba y trataba de desentrañar esa atmósfera. Le comento esta vez sin pudor (me estallaba el cerebro) mi estupefacción. Se ríe cómplice. No es extranjero, es un médico de 35 años perfectamente porteño. Me pide un cigarrillo, escucha el torbellino de ideas que me atormentan. Concuerta con casi todas. Dice que sí, que a él también le da miedo tanto bombo y platillo, tanto joven con la camiseta tatuada. También me dice lo que otros: que la dictadura vació de contenido ideológico y cultural a esta sociedad y que lo que se está viviendo tiene sus virtudes. Y en un acto de extrema confianza, me lo zampa: hace dos años se enteró de que es hijo de un asesinado por la dictadura. Su madre se lo ocultó (aunque él tenía sospechas desde hace algunos años) hasta sus 33 años; a él y a su hermana. Su padre biológico era montonero y su tío que aún vive (el hermano de su madre), al que el médico joven quiere mucho, fue quien mandó a matar a su verdadero padre. Me lo dice calmo, con incipientes lágrimas en los ojos. Me pide permiso y disculpas para emocionarse un poco. Yo trago la debida saliva. Él traga muchísima más saliva que yo y sigue con su relato, reflexivo, intenso: dice que él mira todo esto un poco desde fuera, aunque le parece que hay que estar. Sí, con cuidado, pero hay que estar. También tiene miedo: de los más jóvenes, sobre todo. De la virulencia de las consignas, de los tatuajes. Y también: de la repetición de la historia. Ve que hay reclamo de democracia pero también alguna especie de odio o venganza incipiente. Mejor: teme que los reclamos violentos atraigan violencia. Y teme también (quizás esto lo diga yo y no él) que el vaciamiento cultural efectuado por la dictadura y continuado por Menem y el liberalismo a ultranza, trastoquen la idea de cultura por propaganda. Él también lo dijo: yo intento leer, de verdad; leo a Sartre, me dijo. Me habla (y yo siento vergüenza ante su tragedia) del sufrimiento de los gays. Por momentos uno de los dos hace silencio, se detiene en su adentro, procesa las palabras del otro o sus propias imágenes. La multitud comienza a moverse y decidimos meternos en alguna columna (no elegimos ninguna, vamos con la que se nos cruzó). Y me sigue contando, regalando su historia: desde hace dos años ha investigado mucho sobre su padre, y sus descubrimientos son sobrecogedores. Era médico como él. Con la barba prolijísima que ahora se dejó (y que nunca había tenido) es prácticamente igual a su progenitor, le dice siempre su madre (el “siempre” son apenas 730 días de sus 12.775 de vida en la tierra). Era pintor, el padre, como él, el hijo. Y hasta pintaron –él lo vio, no fabula– un cuadro

de impresionante similitud. Mirá, me dice en un momento, “yo todo esto lo vivo como un homenaje a mi viejo”. Y vuelve a disculparse por sus lágrimas en los ojos. Escribo esto y me erizo, vuelvo a sus ojos, a su historia innegable. Pero debo volver (tengo la obligación) a tomar cierta distancia. En estos temas no puede ganarme la emoción. El médico (me encantaría decir su nombre pero no puedo, debo mantener el pudor y el respeto) también hace lo mismo. Se enjuaga las lágrimas y vuelve a sí, a decirse que hay que pensar, discernir, no dejarse llevar por el más puro sentimiento. Tenemos la libertad (yo me resguardo intelectualmente en su experiencia) de comparar la marcha con un partido de fútbol.

El médico hace un silencio majestuoso en medio de tanto bombo, y yo pienso que una sociedad o un individuo son ellos y sus heridas. La Argentina está atravesada por esa herida, por ese dolor. Pero también (me animo a pensar) en medio del duelo –más si ese duelo es provocado por una muerte *ex profeso*– puede querer matar al victimario. Seguramente no la mayoría, pero los más jóvenes siempre propensos a la manipulación (me estoy volviendo viejo) o los más obtusos... No sé, pero creo que en ese “proyecto popular y nacional”, que tantas columnas vociferan, hay un peligro. Sobre todo el creer que es *ahora o nunca*, que antes fue con Perón y ahora es con Kristina, que la existencia de la Argentina toda y de parte del planeta depende, realmente, de la concreción o no de ese proyecto. Sí, hicieron cosas (Perón las ocho horas y los derechos de los trabajadores, Kristina la Ley de Medios, la lucha con los poderosos del campo, el matrimonio igualitario, el juicio a los criminales...), pero esas cosas, nos preguntamos el hijo del asesinado político, el portugués de Lisboa y yo, ¿no son las que hay que hacer y listo? Por qué la necesidad de un ídolo, por qué esa construcción simbólica y apoteósica, por qué ser tan trágicos (cuando muchas veces vivimos, además, en una comedia). Por qué los desaparecidos como botín de guerra. Pienso en la consigna de Los Descamisados en la marcha: “Somos los descamisados/ somos los descamisados/ somos de Perón y Evita/ somos de Perón y Evita/ y los desapareciiiiidos/ eran todos peronistas/ ea-ea-ea-ea-ea-ea-á”. Pienso que esta historia que se está construyendo ahora sólo puede ocurrir en este país y que tiene su razón de ser (entre tantas otras que aún no descifro) en lo arraigado que está el psicoanálisis en esta sociedad. Un individuo o una sociedad que se piense a sí mismo a través de la ausencia o presencia del padre, no sentirá otra cosa más que la

necesidad de ser reparado, curado, resarcido. Si allí está detenido, irá hasta el último escalón genealógico en la determinación individual o colectiva del nacimiento de la culpa. Indudable que hubo culpables claros en esta historia, como los milicos o los grandes grupos económicos.

¿Y NOSOTROS, LOS individuos y la sociedad? Claro, estaba atemorizada y el poder de un bando y otro –por decirlo de alguna manera– era absolutamente desproporcional. ¿Pero todo, *todo* afuera? Recuerdo la maravillosa película *La cinta blanca* (de Haneke), que proyectaría ahí mismo, en medio de la Plaza de Mayo. Es un tema que algunos artistas procesan muy bien: en *La cinta blanca* el director sugiere que el nazismo, mucho antes que Hitler, se gestaba en cada casa, y en *El lector* descubrimos sí la complicidad de los mandos medios o de cualquier alemán (eran miles y miles) que cumplían una tarea humana deplorable, como la celadora de una cárcel que dejó morir a decenas de judías, y que *creía*, realmente creía, que cumplía con su deber. Pero ahora, en la Plaza de Mayo, y luego de la contundencia de la Justicia argentina en relación a los “desaparecidos”, me pregunto, precisamente, ahora qué. ¿Hasta dónde se va a llegar? ¿Hasta el último milico medianamente responsable y ante cada accionista grande o nimio de todos los grupos económicos? Y, lo que es más terrible, ¿cuánto tiempo puede llevar terminar con esa historia? Esta historia.

Esta historia que se está forjando a través de un concepto absolutamente férreo: el de identidad. La identidad nacional, la de los pueblos originarios, la del obrero, la de la sexualidad, la de los estudiantes, la de los militantes K. Una identidad política (en todos los casos) que reclama adherencia: sos o no sos, pertenecés o te quedás afuera. Es cierto, todos reconocen (o parecen hacerlo) la *existencia del otro*, pero a veces el otro es muchos, o no quiere ser más lo que era. O no quiere ponerse ninguna camiseta en particular. Mirada ingenua, dicen miles de los “organizados”: la de apostar por el todos, por el humano, por el entrevero. También es cierto: cada cual en su columna conformaba a su vez la marcha de todas las columnas. Pero cada cual en su columna. Claro que también había fiesta y baile y descontractura y felicidad

(reclamos heterodoxos, digamos). “No es como en otros años, ahora es desde otro lugar, con menos tristeza y con más ilusión”, me dice alguien que tiene a su hija en los hombros mientras ambos escuchan y danzan al ritmo de una música (por suerte y a Dios gracias) inclasificable. Su última palabra es la que me sigue preocupando: la “ilusión”, y cómo y de qué manera se encauza.

NECESITO RETIRARME. TOMAR por una lateral, beber una cerveza callejera. Amo el silencio y estar conmigo y con nadie más. Ya no vivo en el hostel. Ahora conseguí una habitación en La Boca. Pero no es mi habitación (aunque por unos días, sólo un par, me sentí Virginia Woolf). La dueña de casa está más loca que una cabra atada: no nos permite hacernos un sánduche en la cocina fuera de un horario ridículo: sólo entre las 8.30 y 10.30 de la mañana y entre las 20.30 y 22 horas. La mujer se define como “peronista y ricotera” y no para de dar lecciones de cómo vivir en comunidad, pero con sus solas reglas. Nos pega cartelitos de “no hacer esto, no hacer lo otro” en cada lugar visible. Y disemina por aquí y por allá grandes frases de grandes pensadores –que nos dicen cómo ser o actuar– en las puertas de los baños, los placares, las habitaciones. Y quiere que una vez por semana nos reunamos a leer un libro sobre la “comunidad humana”, o algo así, mientras te corta la mano si le agarrás un poco de sal (aunque luego quieras reponerlo con un paquete entero). Yo salgo corriendo. Huyo. Paso unos días en la casa de mis reales y primeros anfitriones, que me lo dan todo sin pedir nada a cambio. Pero yo estoy nervioso, necesito mi lugar, mi casa, un sitio donde parar un segundo. Un lugar lejos del centro y el epicentro, cerca de un parque (nunca pensé que lo primero que iba a valorar de Buenos Aires sería un parque), con habitación propia, cerca de mí. Sentí entonces, luego de un mes, que además de mi cerebro también llegaba mi cuerpo a Buenos Aires. Nadie me convocaba o me arengaba; nadie –por ahora, tenía que estar preparado para lo inesperado– me decía lo que tengo que hacer, pensar o sentir. La ventaja de pagar una habitación propia.

CON LAS COSAS verdaderas, las que tiemblan, hay que encontrarse. Uno solito tiene que hallarlas. Aunque decir *verdadero* y *tango* se parece a decir Obelisco, calle Corrientes o Evita. Pero qué va a hacer si es algo que irrumpe y nos toma, si sigue sonando más allá del tiempo y los paquetes turísticos. Si hay atmósferas y (otro lugar común) en medio de Almagro (el corazón del tango, dicen) uno se encuentra con un bolichejo en ruinas que además está clausurado, y funciona clandestino. No hay que ser buchón y mantener el nombre en secreto aunque la atmósfera, cómo no, se puede narrar. Un bar de paredes descascaradas y con las señas de otro tiempo: la barra de madera intacta, decenas de botellas llenas de polvo y unos viejos prontos para cantar casi a capella. Un ambiente de otro tiempo pero sostenido por personas que viven en este. ¿Será esa la definición exacta de la nostalgia? Un ambiente de bohemios y de borrachos –a veces se amalgaman y son lo mismo– que encuentran en Gardel o Sosa o Discépolo las palabras para decirse. Jóvenes porteños de este tiempo que encuentran un reducto –una paz, un suspenso– en otro. No es el lugar del tango con marquesina, tajo al medio y firulete para el aplauso, no, es ese otro tango que habilita la confesión y el silencio, la copa, otra copa, acodarse al mostrador, aflojar la ira, nombrar al sueño y al amor perdidos, todo lo que se fue. Y la carcajada y el porro y de pronto los Pixies sonando después de Gardel. Los pixies, los Redondos, Charly García y toda esa gente a caballo entre dos épocas o en la atmósfera exacta de la contemporaneidad porteña. Y está el viejo que realiza su performance –le canta a voz en cuello a la percanta y es un poco reaccionario el viejo, un poco machista– y el trabajador que no cree en nada de lo que dice ningún partido y los muchachos que son estudiantes universitarios y el artista al que no le gustan los círculos de artistas y la ex convicta que dice que estuvo un tiempo en

la cárcel y a la que nadie le pregunta por qué (total, si ya pagó) y algún que otro turista llevado de la mano por algún autóctono y el bulli-cio permanente entre un cantante y otro y el silencio respetuoso o el coro que acompaña a los cantantes. Y otra vez, lo contemporáneo: el muchacho con corbatín antiguo y lentes hipster que recita unos poemas viscerales y melancólicos acompañado de un bandoneonista virtuoso, ensimismado, hecho uno con los aires de su instrumento. Y hay noches en que todo parece armado y se repite el show: el viejo de voz notable y tangos antológicos con observaciones caducas (“y sí, qué quieren, que el tango sea feminista”) que le cede un espacio al muchacho que sirve copas detrás del mostrador y canta con voz carrasposa (un verdadero muchacho de la noche) su tema preferido y ensayado y todo termina con ese muchacho pasando la gorra para que “el tango de Almagro siga vivo”. Y hay noches en que todo parece aleatorio: el viejo no está y unos músicos le sacan acordes profundos a las almas en pena mientras una pareja de dos hombres se coque-tean entre cervezas baratas y aceptación de estos tiempos. Un lugar que a unos les puede resultar un tanto deprimente o reventado (más si escucha en los baños el snifear de los duros) y a otros un páramo nocturno en medio de la ciudad, un lugar donde decir sin pelos en la lengua palabras desgastadas: alma, amor, tristeza, sirva otra copa y un poco de rock and roll y hágase amigo del perfecto desconocido, por esa noche o esos minutos de charla y confiese su delirio u observe, nomás, tranquilo y con los ojos prendidos al acordeón, cómo hay tópicos que nunca mueren: perder la cabeza con el metejón de un día, la lucha cuerpo a cuerpo entre la juventud y la vejez, la madre, la farra y la soledad. Y el olvido de todo eso luego de ser nombrado en susurro o a los gritos, para adentro o a través de la más tanguera de las letras. Y otra vez los Pixies y el rock nacional, los desconocidos como amigos, los parroquianos que se trasladan en masa –con cantinero y bandoneonistas incluidos– al bar de la vuelta a escuchar otra música. El bar está en Almagro y el misterio en el corazón de los hombres.

BUSCO EL RÍO como si me hubieran expropiado un secreto. No sé si es aquel río que está prendido en mi memoria o los días enterrados para siempre. Lo descubro primero de la mano de una familia amiga, la familia y el río de Vicente López. Me gusta todo ese parque echado y ese domingo kermesse donde conviven bandas de rock, danzas tradicionales alemanas, muchachos en patines. Me gusta pero me sigue faltando algo o más bien intuyo que nadie mira el río de la forma en que lo miro, que no tiene el peso dramático y ontológico del río de Montevideo. Descubro otro pedazo una tarde que se convirtió en noche y después en madrugada enfrente a Aeroparque. Mi mejor río. Fueron apenas dos semanas y me robaste un libro y tuve que mantenerte (yo, el más pobre) porque eras un colombiano a la deriva. Creo que por vos me hubiese prostituido. “Mi Dorian Grey colombiano” te bauticé la primera noche y así te voy a evocar de por vida: una pierna tuya eran mis dos piernas; tu pecho parecía una selva abandonada; tu espalda, muro de carne, fue lo más firme a lo que pude sujetarme; tu pelo enrulado, voluminoso, de un azul inverosímil, tus dientes alineados, tu elegancia hippie, la noche en que vimos agarrados de la mano *La doble vida de Verónica* (por Dios, te gustaba Kieslowski) y yo lloraba de conmoción estética y después corporal cuando te pedía con ojos de perro lastimoso que te quedaras para siempre con esa pija enorme y delicada en mi adentro más inasible. Tuve que mantenerte y me robaste un libro, pero qué ladrón exquisito, te llevaste a hurtadillas *El viajero y su sombra* de Nietzsche. Dos días antes de que te fueras yo ya empecé a odiarte, no soportaba tu presencia, no quería cocinarte ni un pancho, más bien sabía que tu ausencia no era un fantasma o una idea sino una realidad efectiva que me dejaría más solo y sediento que nunca, más abrazado aún a esa sensación de abandono que me tortura y me ata. Esa tarde que fue noche y que fue

madrugada igual fue notable. Especulábamos con aviones y viajes, partidas, rumbos, destinos inciertos. Pero yo era pobre y vos sólo un viajero que se llevó otro pedazo de mi sombra.

Entonces tenía que descubrir otro río y llegó, el de la Costanera Sur. Me gustaba esa flora y que todo un camino de tierra serpenteara y bordeara al río y los bancos prolijos y ese silencio absoluto combatiendo el grito perpetuo de una ciudad desquiciada. Pero yo estaba simulando, no podía tener paz posible con el estómago apurado. Me esforzaba, sí, leía, sacaba fotos (no hay pruebas, las eliminé todas), me convencía de un sosiego del alma y del cuerpo que llegarían y que de mi paciencia dependían. Al menos en ese río logré un grito, una soledad cierta, el entendimiento absoluto de que en el cosmos soy lo mismo que una mosca. Y esa comprensión callaba al cerebro, lo ponía en su sitio (la mirada perdida en el agua y los barcos). Pero la flora convive con la fauna (lo sé desde la escuela) y hasta ahí llegaban los hombres, animales con lenguaje, a boicotear mi conquista territorial. Además de río, cuerpos. Deportistas, chongos y muchachos en búsqueda de ríos de semen. Fueron dos veces (o tres, todas igual de intrascendentes) en las que me vi rodeando o practicando el deseo o el sexo y, lo que más me importa, padeciendo esa sensación de estar acechado por mi propio ser, de no poder cristalizar un momento puro, mío, no intervenido ni interpelado por ningún cuerpo humano, ese olvido o esa conquista que nunca llega, esa convicción de estar traicionando al universo entero (flora, cielo, agua) porque mi violento deseo le disputa y le gana hasta la batalla más fiera. No me refiero a una escisión, a ninguna patología, a una máscara oculta y perversa detrás de mi semblante suplicándole al sol que me salve, que me calle, me refiero a este cuerpo maldito y condenado que tiembla por otro cuerpo desde que tiene memoria, me refiero a ya no poder ser, nunca jamás, aquel niño de campo que alguna vez fui y que me reclama, como un juez o un dictador, que calme esta sangre sedienta de otro.

PERO UN DÍA, una noche, lo logré. Venía de Provincia, la provincia pobre (justo el provinciano) y alguien me hablaba en el asiento trasero de un taxi sobre cine y relatos. Yo escuchaba su voz como un murmullo o una repetición de todos los parlanchines del arte de este Río de la Plata. Fue un viaje largo hasta llegar a Capital y el esfuerzo enorme para que mis “ajá” y mis “claro”, resultaran convincentes y él pudiera seguir hablando solo (yo era el psicoanalista especular para un porteño seguramente psicoanalizado). Logré callar mi voz y mi deseo cuando el taxi se aventuró, como nave espacial, sobre avenidas y autopistas y se despegaba a velocidad extrema de la gran ciudad o más bien me permitía verla con la distancia alucinada de la ciencia ficción o de los pájaros heridos que siguen su vuelo. Esa madrugada lo soñé todo, Dios me hablaba en clave signica pero perfectamente descifrable sobre mi propio destino: yo había llegado a esta tierra para contarle todo (sin mediaciones), todo de mí, de este cuerpo al borde de su existencia, de este provinciano que sólo quiere un viaje calmo por las autopistas del mundo. En la propia palabra, me decía el sueño, está la clave para no morir ni de un lado ni de otro del río, esa palabra resignificada, *la propia pista*, la palabra que te murmura Dios:

Perturbado, extasiado, echado a un lado.
 El maremágnum de imágenes me vuelve loco
 excitado.
 Animal en celo por 18 o 9 de julio
 bestia lasciva que necesita más ojos
 para tanto bíceps, tríceps, cuádruples, ojetes en flor sin otoño.
 Soy el hijo putativo del sexo
 la culpa de todas las iglesias

la fuga de fallidos matrimonios
 y divorcios.
 Soy el hombre sin paz posible
 el amante errático de tu culpa
 el pez gordo que nunca comiste
 la adolescencia que se te escapó
 el culo implorante de todos los tiempos.
 Soy el cambio del café
 el boleto más caro del mundo
 el polvo a escondidas
 la violenta represión del deseo.
 Soy tuyo y del otro y del otro
 de todos y de ninguno
 del mismísimo universo de pieles
 miradas
 músculos
 piernas flacas y peludas
 como barrotes
 pijas implorantes de las mañanas.
 Soy la salvia, el jazmín y la mierda
 de tu eterno coqueteo
 de tu golpe
 de todos los hombres que aún no nacieron.
 Vos pendejo de liceo
 rubio, de culo blanco.
 Y vos, conductor pobre de carrito hambriento
 oficinista, futbolista, casado con 15 hijos
 vos, macho alfa y dandy exquisito
 (pero de brazos firmes)
 vos, todos
 vengan a mí.
 Abandonen a sus mujeres reclamantes
 perturbadas
 insatisfechas ad eternum.
 Yo sólo les pido un abrazo
 (de vez en cuando)
 un vaso de whisky
 la carne ardiendo
 siempre

el elixir de sus adentros en la superficie de mi pecho
ninguna propiedad.
(No hay nada peor que un intelectual caliente
con el culo en flor
y sus palabras esfumándose
tras todas las braguetas).
Vengan a mí como al abandono de sus madres
adéntrense
penetren
rompan suavemente
(un poco)
la tela mediocre de los días
el cortejo inútil
la palabra que vacía.
Hombres de la calle
vengan a mí
como a un refugio
a un templo
al lugar asignado por el olvido
al placer inexplicado.
Quiéranme.



URUGUAY, 1974. ME crié en el campo, viví mi adolescencia en la ciudad de San José, me instalé en Montevideo a los 18 años, me fui a España, volví a Montevideo, me fui a Buenos Aires, volví a Montevideo. Soy licenciado en Ciencias de la Comunicación. Cursé seminarios de maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Argentina). Fui periodista y editor de *Brecha*. En 2011 publiqué la novela *Injuria* (Criatura editora).

Desde marzo de 2014 y durante más de año escribí semanalmente en *la diaria* una columna sobre Montevideo: “Ciudad ocre”. Actualmente, en el mismo diario, coordino y edito el suplemento mensual *Incorrecta* y escribo otra columna, “Decirlo todo”, en la que abordo temáticas culturales, políticas y sociales desde diversos géneros narrativos”.

Colaboro con la revista de ensayos Prohibido Pensar.

Coordino el taller de escritura *Máquinas de escribirnos*.

En periodismo y en literatura me defino como un *prosista del yo*, pero como dice Idea Vilariño, nuestra gran poeta, “digo yo por decirlo de algún modo”.

#colecciónfueraiserie

Elvio Gandolfo - Libro de Mareo

Apegé - Provinciano

Damián Tabarovsky - Coney Island

Vanesa Guerra - Síndrome del Montón

